
EN RECUERDO DE MARCEL LÉGAUT

Jean Ehrhard

Noviembre 1991

A mi modo de ver, es muy importante volver la vista atrás de tanto en tanto para recordar a quienes alumbraron nuestro camino y nos ayudaron a encontrar nuestra propia vía. Tal fue mi caso con Marcel Légaut. Y aún tuve otro encuentro de la misma importancia: Olivier Rabut, que falleció hace pocos meses. Siempre es bueno recordar a nuestros "padres espirituales".

En qué plano abordar el recuerdo de Légaut

Pierre Péguy, hijo de Charles Péguy, le dijo a Légaut en 1926: o serás un gran santo o serás un gran herético. En 1925, Jean Guilton le había dicho: tú, Légaut, serás campesino y yo seré académico. Cuando se le recordaron estas dos afirmaciones cerca ya del final de su vida, Légaut respondió que recordaba la primera pero no la segunda, aunque reconocía, claro está, que los recuerdos pueden desvanecerse. No hay que situarse en este plano para evocar la persona de Légaut.

Hay, también, otro plano en el que tampoco quisiera incurrir. Porque existe todo un mito y una leyenda "Légaut" de la que deberíamos distanciarnos. Los medios y la prensa, con su afán no de autenticidad sino de titulares, resaltaron la figura o bien del "Giono cristiano" ⁽¹⁾, como si Giono fuese un apasionado de la comunidad, o bien del "Teilhard convertido en campesino", dado el vínculo de Légaut con Teilhard... Durante mucho tiempo tuve, en mi habitación de Mirmande, un recorte con una foto de Légaut de un periódico alemán. A los alemanes se les da muy bien resaltar las cosas mediante

(1) Jean Giono: escritor francés la mayoría de cuyas novelas ocurren en la Provence, región campesina en uno de cuyos extremos está la Drôme, la región de Légaut.

pequeñas frases: “El eremita de la Drôme, el profeta de la Provence; treinta años en soledad y un día decidió bajar al valle para llevar la buena noticia a sus habitantes.”

Me gustaría abordar el tema del recuerdo desde otro ángulo muy distinto. Me gustaría recordar unas palabras últimas de Légaut porque son extremadamente clarificadoras. Unos días antes de morir, en Suiza, antes de ir a Aviñón, Légaut dijo esto a un grupo con el que había pasado unos días: *“Reuníos... reuníos para compartir vuestras vivencias espirituales; no para compartir ideas o hablar de vuestras ideologías y opiniones. Lo más importante de nuestros encuentros no es informarnos, hablar de tal o cual cuestión. Lo más importante es compartir en profundidad la vivencia espiritual de cada uno”*.

Así que voy a tratar de mostraros, un poco y no sin dificultad, cómo comprendo este compartir espiritual entre nosotros, y voy a partir de lo que podríamos llamar el ser hiper-real de Légaut. Cada uno tiene “su” Légaut, del mismo modo que cada uno tiene “su” Jesús y vive de él según como ha entrado en la inteligencia interior de quién fue él. Es una captación propia y singular de cada uno. Por tanto, sólo hablaré de lo que me concierne a mí, sólo hablaré de la forma como he recibido a Légaut durante tantos años. Ciertamente, hay muchas formas de recordar a Légaut. Casi podría decir (y esto sería un paralelo interesante) que hay muchas formas de recordar a Jesús y de recordar al “padre espiritual” de uno, a Marcel Légaut.

¿Cómo hacía Légaut? Un día nos dijo (hace quizá cuarenta años de esto): *“Tratad de entrar en el recuerdo vivo de Jesús”*. Según el tema de hoy, deberíamos entrar en el recuerdo vivo y vivificador de Légaut para que él sea, aún hoy, fermento en nosotros. Esto hace que se inicie un pequeño proceso interior, muy parecido a cuando recuerdo a mi padre. Recordar al padre de uno para comprender por dentro cómo recordar a Légaut y cómo recordar a Jesús. Hay analogías y paralelismos muy interesantes si entendemos que “recordar” debe entenderse como lo entendía Légaut, no como un simple “acordarse”. El “recuerdo” es algo vivo y vivificante, que permite al otro ser él mismo. Al entrar en profundidad en la inteligencia del otro, el mismo

movimiento nos lleva a entrar en la inteligencia de nosotros mismos. Légaut decía: *"Hay un primer nivel. Hay que pasar por este primer nivel sin duda, pero es totalmente insuficiente"*.

Éste es el primer nivel, "mi padre" ha fallecido. Anhele releer sus cartas. Voy a volver sobre la obra de Légaut con un ánimo parecido. Cuando murió Légaut, empecé a preguntarme: "¿Qué me queda de él?" Encontré muchos papeles. Había muchos después de tantos años. Había que seleccionar. ¿Qué es lo más importante? Aparto lo accesorio y guardo lo importante. Es el primer nivel, es un primer escalón en el recuerdo de un padre. Haced siempre la misma transposición. Este primer nivel ya no funciona sin un cierto sentido interior. A partir del momento en que quiero distinguir entre lo que juzgo accesorio y lo que juzgo importante, entre lo que me parece indispensable y lo que me parece esencial, necesito un cierto sentido interior. Hace falta una cierta actividad personal para poder distinguir entre lo uno y lo otro. Sin embargo, este primer nivel, como decía Légaut, es insuficiente.

Hay un segundo nivel que parte de lo que acabo de ver de mi padre, aquello suyo de lo que acabo de ser consciente; lo que me dijo, sus obras, los "topos" que le escuché. Súbitamente, si dejo decantar esto en mí, surgen algunos recuerdos. Estaban enterrados en mi memoria, casi olvidados ya, y, gracias a la mediación de su obra, de sus documentos, vuelven paulatinamente a la superficie. Cosas olvidadas intervienen en un proceso de traer a la memoria cosas que, evidentemente, se refieren a su vida, al recorrido de su existencia, a las pruebas que pudo conocer, las circunstancias y situaciones de su camino.

Esta posibilidad de volver a recordar cosas olvidadas pero importantes, que parecen resucitar de alguna manera en mi conciencia, es de un orden mucho más profundo que un simple texto; algo más vinculado a la existencia de Légaut y a mi existencia personal. Ya no se puede separar la existencia de "mi padre" de mi existencia personal. Me veo obligado a decir (evidentemente es difícil pues ello conlleva sus sutilezas) que no puedo siquiera hablar de signos sino de indicios a lo sumo; indicios muy discretos que, súbitamente, desencadenan un resurgir.

Légaut tenía su forma de decir esto: "Volver a recordar *desde dentro*". La noción de comprender "desde dentro", la de una inteligencia "interior" de algo, es totalmente fundamental. Comprender desde dentro exige una verdadera interioridad. No puedo volver a recordar a este nivel, desde dentro, a menos que haya entrado yo antes en mi propia profundidad. Una primera comprensión de mí mismo es indispensable. Entrar en la inteligencia de mi padre y comprenderme a mí mismo desde dentro son las dos caras de un mismo proceso, son dos actividades inseparables.

Pero todavía hay un tercer nivel más exigente, que pide mucha más presencia interior, más actividad de recordación. En este tercer nivel, me aproximo al "ser" del ser a quien recuerdo. Esto quiere decir que me aproximo al significado profundo de su existencia. Me aproximo a su unidad interior. Me aproximo a lo específico de su espíritu interior, lo que animó su existencia desde el inicio, lo que le permitió ser fiel a lo que tenía que llegar a ser: su misión, hasta el final. Así me aproximo al espíritu interior de "mi padre", espíritu unificador y globalizador que, en cierta forma, totaliza su existencia en un sentido profundo. De alguna manera, me aproximo a su humanidad, concentrada más allá de su decir, concentrada en lo que él fue y, más aún, en aquél que él fue.

Fijaos en la diferencia entre "lo que soy", o es él y "quién" soy o es él. El "qué es" pertenece al orden de las ciencias humanas, un orden propio de los niveles primero y segundo. Pero, cuando me aproximo (con dificultad, paso a paso, paulatinamente) al "quién", que es propiamente intraducible e incommunicable pues es del orden de la intuición, entonces toco lo esencial de él y, al mismo tiempo (porque no lo puedo hacer sin mí), toco lo esencial de mí mismo; descubrimiento intuitivo de la unidad, la consistencia, la cohesión de su vida y del desarrollo de su singularidad a través de la puesta en obra de las posibilidades propias de él; descubrimiento intuitivo de su misión más allá de todas las funciones que haya podido asumir y desempeñar.

Retomemos de otra manera, si me lo permitís, esta distinción tan esclarecedora. Hay, en cada uno de nosotros, una misión que debemos

descubrir, y unas funciones, requeridas por las circunstancias, que debemos ejercer. Si puedo ejercer tal o cual función en el ámbito universitario o en cualquier otro, mi misión puede ser como una actualización de algo mucho más profundo y que sólo puedo descubrir, dado que no es un proyecto ni nada que figure explícitamente al comienzo, en la medida en la que soy fiel a ello. Debo decir que, si comprendemos a Jesús, podemos ver muy bien que, al comienzo de su vida pública, tuvo unas funciones: predicar, bautizar; algo del orden de la función del "rabi". Pero había además una misión en él; de la que sólo tenía un presentimiento, una especie de precomprensión, una intuición primera que se fue desarrollando durante su vida. Cuanto más respondía a ella, más la descubría como la dimensión de su misión.

Nos situamos en el ámbito que Gabriel Marcel y luego Légaud denominaron "la fidelidad". Ya no soy fiel a las cosas externas de "mi padre" sino a su misión. Este tipo de fidelidad es creador. Pero, evidentemente, no me pidáis que describa el contenido de lo captado a este nivel; no me pidáis que lo analice porque es inanalizable, indescriptible, incontable e impalpable.

No digo que haya que suprimir el nivel 1 y el nivel 2. Hay que pasar por estos niveles para acceder al nivel 3 progresivamente. Son éstas, cosas que van muy lejos. Hoy se podría decir que Légaud nos deja un patrimonio, una herencia, pero nos corresponde a nosotros custodiarlo, nosotros somos los guardianes de su depósito. No es suficiente con esto. Conservamos un depósito, un depósito de riquezas que se podría conservar en una caja fuerte y que quedaría sellada para guardarlo intacto. Pero entonces guardaríamos un cadáver, no algo vivo, no algo existente. Por lo tanto, este tercer nivel es trascendente respecto del primero y del segundo. Ya no estamos en la categoría del tener, ya no estamos en las categorías de la información conceptual, ya no estamos en las categorías de la reflexión, el análisis y la descripción. Estamos en una categoría que surge del toque sutil, del toque fugitivo, de una especie de verdad atmosférica que roza por dentro y que, para nosotros, representa la aurora, el anuncio de lo esencial de lo que fue él, "mi padre", y de lo esencial que soy yo.

Estos días, en el transcurso del fin de semana, dos personas me han dicho: “Escucha, Jean, ¿porqué no escribes la historia de Légaut?”. A decir verdad, es una historia imposible de escribir. Para ser fiel de veras a Légaut, tendría que situarme en este tercer nivel. Y este tercer nivel no soporta la fabricación de un libro. Se trata de un nivel de creación propia de cada cual. Puedo hablar sobre Légaut. No puedo decir cómo vivo a Marcel Légaut.

En este sentido me ha parecido útil, al hablaros de Légaut, deciros un poco cómo poder aproximarse a su itinerario, y cómo se puede y se debe hacer esto al recorrer su obra; cómo podemos hacerlo a través del recuerdo que tenemos de él. Pero justamente aquí Légaut nos dice: *“Tenéis que hacer una lectura inspirada de mi obra”*. A menudo distinguía Légaut la lectura distraída, la lectura ociosa, la lectura de información, que es una lectura de aprendizaje (se busca una información) y, por último, la lectura que inspira. Pero la lectura que inspira implica dos condiciones. La primera es que el que escribe haya sido inspirado; lo cual no nos incumbe tanto. La segunda es que sea yo mismo el que está inspirado, es decir, que cuando me sitúo a este nivel de profundidad, efectivamente, me sitúe en este tercer nivel. Se podría decir que no hay que situarse a un nivel existencial sino a un nivel ontológico; no hay que situarse al nivel de las psicologías humanas sino al del ser; no situarse al nivel del tener sino al nivel del misterio que somos cada uno de nosotros para nosotros mismos.

En este momento, yo personalmente, lector de Légaut, me sitúo a este nivel del ser. Sin embargo, esto no se determina desde el exterior. No me sitúo al nivel de quién soy cuando quiero y como quiero. Es algo que se me da, que a veces, en mi proceso de existencia, en mi camino, es un vislumbre súbito, como una luz que se enciende y que, en el momento mismo en que se enciende, se apaga. Es algo totalmente fugitivo pero sólo en este nivel puedo inspirarme y hacer una lectura inspirada de la obra de Légaut.

Traslademos esto a Jesús. Cuando meditamos el evangelio, podemos hacer un trabajo de exégesis previo, y podemos llegar a un segundo nivel y hacer un trabajo más afinado desde el punto de vista

psicológico. Pero, en el tercer nivel, nos situamos en el secreto de nuestro recogimiento, ante algo que no es, en absoluto, consecuencia del primer nivel ni consecuencia del segundo sino que es el fruto improbable e imprevisible de mi camino hacia el tercer nivel. Cito a Légaut: *“Hay un abismo entre lo que es la consecuencia necesaria de lo que se hace y el fruto improbable e imprevisible de nuestro camino interior”*. Así pues, no leamos a Légaut como lo leen algunos teólogos. Los teólogos leyeron la obra de Légaut como quien lee doctrina cristiana, pensamientos cristianos. Pero Légaut decía: *“He escrito un libro que no es de doctrina sino de itinerario”*.

He planteado la diferencia entre un libro de doctrina, que ofrece verdades, y un libro de itinerario que ofrece indicaciones, que abre a un camino posible hacia... Vamos a poner un ejemplo un tanto burdo. Los obispos nos han regalado un libro notable, el Libro de la fe católica, el Catecismo nacional. De acuerdo con las perspectivas en las que me sitúo, este libro nunca convertirá a nadie a la fe. Nunca. Porque es un libro de doctrina; un libro que no indica el camino que tomar. No es que sea inútil. Igual que mi segundo nivel, no es inútil. Pero no me hace caminar. Ayer se discutió en Arbresle, en el seno de la asociación Zundel, el proyecto de hacer una obra, gracias a Zundel, que sea el equivalente de un libro de doctrina; un libro que indique el itinerario hacia esas verdades, así como los diferentes accesos a ellas. Sin embargo, hoy se necesita otra cosa muy distinta.

Hasta aquí, he expuesto un primer aspecto de la cuestión: cuando hablo de Légaut, cuando trato de entrar en la inteligencia interior de lo que fue, sé que accedo a mi propia inteligencia interior.

Tres condiciones fundamentales en el acceso al nivel de la fe

Hay un segundo punto que me parece igual de importante. Y me refiero a Légaut. Recuerdo cuándo encontré lo que sigue entre unos viejos papeles. Fue hacia 1934. Era yo joven entonces. Tenía veinte años. Ahora, tengo setenta y cinco. Légaut decía: *“No tienes que olvidar cuáles son las condiciones de acceso reales al orden de la fe”*. Y me citó

las tres fundamentales. Las dos primeras, las comprendí enseguida. Tardé mucho más en comprender la tercera.

1. Para acceder al movimiento de fe, y no a la adhesión a unas creencias (fijaos en la distinción que hacía), es decir, para acceder al movimiento de la fe en sí mismo, de la fe en Dios y de la fe en Jesús, hay que vivir en una comunidad de fe, en una comunidad de vida. Esto lo dijo en 1934. Y lo cito casi textualmente: *“Donde no existe una comunidad de este tipo es casi imposible que la fe pueda desarrollarse y resistir las presiones exteriores que son ajenas a ella y que podrían desnaturalizarla”*. Y esto es exactamente lo que me sucedió. Cuando encontré a Légaut, no sólo encontré a Légaut sino a una comunidad de fe y de vida que, para mí, es el encuentro con mi vida, un encuentro que tiene la dimensión de la existencia. Dicho de otra forma: formar parte de este grupo no fue para pasar mi juventud, acceder a la madurez y lo que viniera después. Fue acceder al encuentro que sería para mí el de la dimensión de mi existencia.

Luego, a menudo nos decía Légaut: *“Lo específico de nuestro grupo es el recogimiento, la oración, la búsqueda espiritual. Esto es lo esencial. Compartir la vivencia espiritual en la dimensión de la existencia”*. No se entra en nuestro grupo como en unas juventudes de tipo ideológico como las patrióticas. De las juventudes patrióticas se pasa a los adultos patrióticos. Pero el grupo Légaut es vertical, es un único grupo donde están y participan todas las generaciones. Sólo hay un grupo así para uno; un grupo en la dimensión de la existencia y de la vida. Es un don entrar en una comunidad de vida. Uno puede aproximarse a entender un poco lo que puede ser la vida monástica verdadera cuando conoce un grupo así.

2. La segunda condición: *“Encontrar, en este grupo de fe, un hombre de fe, un hombre que haya profundizado en su humanidad, un hombre interiorizado, un testigo, un testigo verdadero. Ésta es la gracia que deseo para vosotros”*.

Fue lo que recibí cuando encontré a Légaut. Fue el encuentro desde el interior con un hombre habitado por la fe, habitado por “lo que importa”; es decir, fue el encuentro con un hombre no sólo al

nivel de lo que dice sino al nivel de lo que es; y en un clima de autenticidad, un clima de coherencia entre su ser, su hacer y su decir; por eso puede despertar y es capaz de despertar.

Está claro, sin embargo, que no se trata de imitar al testigo. La palabra “imitación” no está en los evangelios además. Se trata de seguir a Jesús, no de imitarlo. Imitar y seguir son cosas totalmente distintas. Se puede imitar un modelo, un ejemplo, algo definido. Pero se sigue a alguien en la medida en que, bajo su impulso, nos despertamos a nosotros mismos allí donde nos sentimos llamados a crear nuestro propio camino interior. Así pues, lo que deseaba Légaut era que encontráramos un despertador, un centinela, un testigo que fuese capaz de despertar.

Hasta aquí comprendí bien: estaba en una comunidad de fe y estaba ante alguien que podía ser un despertador para mí. Él podía indicarme mi camino pero tal como se hacen estas cosas, indirectamente, pues me dejaba total libertad y yo era responsable de la forma de concebir y de comprender mi camino.

3. La tercera condición fue la que tardé en comprender: *“Es indispensable tomar distancia respecto del testigo”*. Un padre espiritual no puede eternizarse al lado de un hijo igual que un hijo no puede eternizarse al lado de un padre. ¿No dijo Jesús: *“os conviene que yo me vaya”*? Para entrar en la propia humanidad a partir del despertar que se recibe de un testigo, hay que tomar rápidamente distancia y después, separarse de él. La separación del testigo es necesaria para poder desarrollar de veras la semilla que hemos acogido gracias a él.

Esta tercera condición es más difícil de comprender. Con 20 años, lo pude entender intelectualmente pero sólo lo llegué a comprender realmente muy pasados los 40. Con el tiempo, comprendí que yo tenía que crear mi propia vía. El camino de una existencia no está pre-establecido; no es algo ya dado; debía ser según el espíritu de quienes me habían despertado a mí mismo, sí, pero la responsabilidad era mía.

Légaut lo decía de otra forma: *“Estás llamado a pasar de la vida a la existencia”*. La vida se sobrelleva; no soy yo quien quiso nacer; lo

sobrellevo con todo lo que comporta, como la herencia y todo lo que se quiera. La grandeza del hombre consiste en elevarse progresivamente desde el nivel de la vida al nivel de la existencia, mediante la toma de conciencia de las posibilidades singulares que le pertenecen y que trata de actualizar para pasar de ser un viviente a ser un existente.

Decir palabras verdaderas

Una cuarta condición que tampoco es fácil de vivir es ser capaz de decir palabras verdaderas, palabras reales. El otro día leía yo un pequeño “topo” de Légaut (no demasiado antiguo, de 1971) que explica mucho mejor que yo lo que significa decir palabras verdaderas, palabras reales.

“Voy a hacer el esfuerzo de decir palabras reales. No es fácil decir palabras verdaderas. Primero hay que saber sacarlas de sí, arrancarlas de sí mismo. Y no se puede sacar, arrancar una palabra verdadera de sí mismo en cualquier momento y lugar. Además, los que están alrededor también tienen que saber escuchar una palabra así; entenderla desde su interior, recibirla como una palabra verdadera. Para esto, necesitan tener una especie de disposición interior que les permita hacerlas reales en ellos mismos. Hacer reales las palabras que yo pronuncio significa que vosotros las recreéis a la altura de lo que sois”.

Una palabra verdadera no es sólo una palabra que se arranca de sí mismo, cosa que no siempre se puede dar. Palabras así se suelen dar cuando el clima entre quien habla y quienes escuchan es suficientemente profundo, de forma que favorece la disposición interior indispensable para que las palabras que nos llegan se conviertan en nuestras por una especie de recreación interior.

Légaut decía: *“Si os quedáis en el plano intelectual, en el orden de lo general, os quedáis en el plano de la información. Hay que situarse en un plano esencialmente personal, que necesita interioridad y recogimiento”.* Légaut, que estaba entonces donde las benedictinas de Rosheim, completa su pequeña introducción y dice: *“De manera que, para decir palabras reales, queridas hermanas, debemos tener presentes dos capacidades: la del que es*

capaz de sacarlas de sí mismo y la de quienes son capaces de recibirlas en su interior". Hay una íntima conexión entre ambas situaciones.

Otras condiciones

Hay otras condiciones más, que también conocéis bien. La prioridad de la experiencia espiritual para un camino espiritual. Légaut a menudo hablaba del "camino". Le gustaba mucho esta imagen. Cada uno debe descubrir el camino que es afín al *quién* que es él; el camino que conduce a los alrededores del ser, a los alrededores de quién es él y no de "lo que" es él. Légaut citaba a veces a Heidegger. Heidegger había escrito: *"Un pensador (de un pensar en sentido espiritual) no es un pensador de ideas sino un pensador del ser: es el pensador más profundo"*. Por otra parte, en francés, una buena traducción de Heidegger no hablaría del pensamiento sino del "pensar" (*das Denken*) porque pensar es una andadura profunda del ser y no el impacto de una idea en el orden de lo mental, tal como se decía en algunas escuelas de espiritualidad. Cuando hablo de un pensador en este sentido, me refiero al proceso del "pensar" quiénes somos en el nivel más profundo. Légaut decía refiriéndose a Heidegger: *"El pensador está en camino él mismo, por eso no tiene una doctrina que comunicar; no tiene algo ya hecho, ya establecido, que vendría del exterior y que sólo habría que aceptar, transmitir y comunicar. Cada pensador, en su pensar, tiene que descubrir su estrella, una única estrella, y cada uno tiene que hacerlo a su manera"*.

Légaut tenía mucho que decir acerca de esto. *"Cuando uno está en camino, la primera tentación es instalarse: se está bien donde se está; ya no hay que buscar más; ya está, ya lo he encontrado. Uno no puede instalarse en la vida espiritual. No se puede encerrar a Dios en una caja. No se puede encerrar a Dios en un tabernáculo"*.

También está la tentación de la buena conciencia. Nos acecha en cada esquina. "He hecho lo que creo que debía hacer, he cumplido mi deber". La línea evangélica de Légaut se ve en el hecho de que va más allá de lo que es del orden del deber y de la ley. Se sitúa en el nivel de la exigencia interior profunda de cada uno: una exigencia

primordial que es casi ilimitada. La ley tiene sus contornos, dice lo que hay que hacer. Es una propedéutica necesaria en ciertos momentos, incluso en muchos momentos de nuestra existencia. Pero nunca basta, nunca es suficiente. Debemos ser fieles a la exigencia primordial, fundamental, que no soporta la tentación de la buena conciencia, como tampoco soporta la tentación de quedarse en el umbral. "Ya soy suficientemente bueno (o santo). Ya basta". Nunca es suficiente. Al nivel de la exigencia evangélica primordial, nada es suficiente. Y, claro, tampoco se capitaliza en este nivel. El beneficio que se puede obtener de la vida espiritual, el fruto que la vida espiritual puede dar no se capitaliza. Todo está siempre por rehacer, todo está siempre por recomenzar pues siempre estamos en marcha. Sólo somos vivientes en la medida en que caminamos.

Recorrido de Légaut

Algunas palabras ahora para volver al primer nivel de Légaut, al recorrido de la vida de Légaut. Nació en 1900. Estudió matemáticas. Fue un monstruo de las matemáticas. El Ministerio de Instrucción Pública de la época tuvo que decretar una excepción para que Légaut pudiera hacer la licenciatura en un solo año. Los cuatro certificados de matemáticas superiores en un solo año. Esto indica su capacidad mental. Fue admitido en la Politécnica en 1918 y a la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm en 1919. Optó por la Escuela Normal lo cual fue un gran acierto pues conoció a mucha más gente. La Normal era un semillero de grandes hombres cuyas obras conocemos. Lo singular de Légaut es que, desde el comienzo, no es que tuviera un proyecto sino que tenía como una especie de evidencia interior. "*Tengo una vocación doble, una vocación científica (realizar investigaciones científicas como matemático que era) y una vocación espiritual. Y para mí es importante unir la vocación espiritual y la científica. Esto sólo puede hacerse en una comunidad monástica*".

Entre los años 1920 y 1925, cuando el abate Portal, su "padre espiritual", todavía vivía, Légaut decía: "*Somos monjes en potencia, tenemos una vocación célibe con una doble vertiente, vocación científica, vocación*

espiritual". Légaut quería fundar un monasterio pero no de clérigos ni de la orden que fuera. Quería iniciar un monasterio de laicos que siguieran siendo laicos; que vivieran en el mundo de forma austera; y que, como eruditos o científicos, se entregaran a la investigación en los dos planos, y que conjugaran la vía de la profundización espiritual y la vía de la investigación científica con todas las exigencias de rigor y de autenticidad requeridas.

La vocación espiritual se veía bien en aquel momento. Algunos (siete, ocho, o diez, según las circunstancias) empezaron a meditar el evangelio. Ahora parece algo tan sencillo, sin embargo, no olvidemos que, en aquella época, iera algo prohibido! Estaba prohibido meditar juntos el evangelio sin la presencia de un sacerdote que mantuviera la línea correcta. Todavía recuerdo la reacción de mi padre cuando le dije que compartíamos el evangelio juntos: "*iAh no, querido. Si quieres hacerlo, hazte cura!*". Era la mentalidad de la época. Yo no tenía vocación alguna para el sacerdocio. Curiosamente, hemos encontrado un viejo cuaderno, de 1925, donde Légaut y los primeros amigos de aquel equipo monástico escribía sus meditaciones del Evangelio. Sería interesante analizarlo. Pero carecemos de tiempo.

El proyecto fracasó. Fue el primer gran fracaso de Légaut. Fracaso por muchas razones. Una vida monástica de laicos con dos vocaciones no era una llamada de muchos y, al final, algunos camaradas se casaron. Ya no podía ser. Pero es que, además, alguno murió. Antoine Martel falleció en 1930. El último superviviente de aquella época era Jacques Perret. Pero se casó en 1933 y esto fue muy duro para Légaut, muy duro. Este fracaso le persiguió toda su vida. Aún soñaba, en los últimos meses de su vida con la idea de fundar un monasterio, un pequeño lugar de recogimiento, junto a algunos otros, cerca de Les Granges. Había puesto en marcha la reconstrucción de una casa, hoy casi terminada, entre Les Granges y el llano. Una amiga atea le preguntó: "*Monsieur Légaut, ¿cómo vivió usted el fracaso de la creación de una comunidad de científicos en busca de lo esencial?*" Y Légaut respondió: "*Lo importante de mi vida tuvo lugar cuando se fueron algunos camaradas que iban a venir conmigo: uno se murió, otros se*

casaron. Entonces, durante diez años, me encontré completamente en falso, como en el aire, entre lo que tenía que vivir y lo que hubiese querido vivir. Los fracasos de esta envergadura trabajan el corazón, trabajan el alma a una profundidad que una simple ascesis no lograría alcanzar. Un fracaso, en tiempos normales, no es un trampolín. Pero creo mucho en la resaca profunda del hombre cuando sus obras vivas se ven amenazadas, cuando se ve amenazado en lo que está llamado a ser. En momentos así, puede nacer en él la inteligencia profunda de lo que aún tiene que vivir, de lo que ha vivido, que va mucho más allá de lo que está obligado a hacer todos los días de cara a las más diversas circunstancias. Entonces, en ciertas horas que no se pueden provocar pues son imprevisibles aunque acontecen a veces, el hombre puede sacar un bien inesperado de algo que le parecía ser adverso e incluso una catástrofe en el plano de lo que él estaba llamado a ser”.

Marcel Légaut no es que hubiese encontrado un trabajo que hubiese podido hacerle cambiar su idea primera, por así decir; pero sí que se encontró con algo que iba haciéndose apremiante para él. Voy a mencionarlos las circunstancias en las que se encontraba. Es algo menor, pequeño, imposible de medir. En aquel momento, Légaut pertenecía al grupo “Tala” de la Normal Sup., es decir, al grupo de los que iban a misa (*ceux qui allaient à la messe*). Ahora, esto está en los libros de historia pero entonces... iera tan insólito que gente de tan alto nivel como el de la Normal Sup. fuera a misa, leyera vísperas y completas y participara en las visitas al Santo Sacramento...!

Un día, un estudiante inspector de St. Cloud, Coeurdevey, logró contactar con Légaut, en casa del abate Portal, por mediación del padre Valensin, y le dijo: “*M. Légaut, si usted hace meditaciones en la Normal Superior de la rue d'Ulm con el grupo “Tala”, ¿por qué no puede venir a la Normal de St. Cloud para hacérselas también a nosotros? Tenemos gente creyente, sólo que no podemos decirlo abiertamente*”. Porque, en efecto, si se hubiera sabido que eran creyentes, los habrían expulsado porque la Escuela Normal Superior de St. Cloud era donde se formaban los profesores de las escuelas normales, los inspectores de enseñanza y los directores de escuelas normales, y era la escuela más laicista que uno se pueda imaginar, de un laicismo total.

Légaut vio entonces que se le abría otro campo. Su equipo monástico se estaba derrumbando pero ahora tenía que hacer frente a una petición precisa, a una pequeña petición de un desconocido, aún desconocido hoy. Pero había una dificultad previa: ¿cómo entrar en la Normal Sup. de St. Cloud? Légaut podía pasar por ser profesor de español, de modo que el estudiante inspector lo presentó así. Sin embargo, enseguida se supo que no lo era y se le llamó para decirle que se le prohibía la entrada. Entonces hubo que buscar un local, fuera de la escuela, para reunirse y hacer las meditaciones.

Es importante señalar cómo puede tener importantes consecuencias algo en apariencia minúsculo como estar abierto a una pequeña circunstancia: recibir a alguien, en este caso a Coeurdevey, que era un desconocido que el Padre Valensin había introducido en la casa del abate Portal. De aquellas reuniones salieron profesores y directores de Escuelas Normales así como inspectores de Enseñanza. Así fue como Légaut se implantó en la zona del Loira. Toda esta gente, que era creyente y que después fue a las Escuelas Normales (un territorio militanamente laico), tenía la idea de seguir el ejemplo de Légaut y crear grupos de meditación del evangelio; y lo hicieron hasta tal punto que, en 1934, enviaban todas las semanas, desde París, 3000 meditaciones que se difundían por los diferentes grupos que se habían formado. Un dato para la pequeña historia: a veces, Pierre Renevier y Marguerite Miolane, profesores en St. Paul-en-Jarez, eran los que imprimían los 3000 ejemplares (otras veces, lo hacían en Alsacia, donde estábamos nosotros) y luego los llevaban a Correos en un pequeño remolque enganchado a una moto. Es sabido que uno de los primeros sitios en los que Légaut pudo irradiar fue en la zona del Loira gracias a la "parroquia universitaria", gracias a los maestros y gracias a los profesores de las Escuelas Normales que eran creyentes.

Fue así como yo conocí a Légaut. Coeurdevey era el director de mi Escuela Normal en Alsacia. También había un profesor de ciencias, Lucien Matthieu, procedente de St. Cloud, que había sido de los que participaron en los primeros grupos de meditación y que después vino a todas nuestras reuniones. Formamos un "grupo Légaut" en

1934, en Alsacia, y desde entonces nos reunimos con regularidad un domingo al mes. Yo era un pequeño alsaciano. Como diría Légaut, era un cristiano de cristiandad, que tenía una fe de creencias y no una verdadera fe. Con 20 años, en 1934, me propusieron ir a ver a Légaut en París. No había estado nunca en París y aquello fue una aventura extraordinaria para mí.

En el primer encuentro, experimenté una especie de shock interior. Fue el encuentro de mi vida. De no ser por la iniciativa de aquel joven estudiante de inspector que pidió a Légaut que fuera a St Cloud, todos estos grupos no existirían hoy en Francia. El grupo de Alsacia funciona desde 1934. Fijaos, pues, cómo una pequeña fidelidad, cómo la respuesta a una llamada puede dar unos frutos sin ninguna proporción con su inicio. Al comienzo, en el grupo eran sobre todo docentes; actualmente, se puede encontrar gente de cualquier profesión y de cualquier edad. Seguimos siendo un grupo vertical: los jóvenes que vienen se quedan y nosotros, los veteranos, tratamos de no molestar demasiado, de tener en cuenta sus nuevos interrogantes, su nueva problemática, y así ellos pueden aprovecharse un poco de nuestra experiencia.

Segunda iniciativa de encuentro con Légaut

Légaut pronto, y por tres veces, tuvo que alquilar en París casas cada vez más grandes para hospedar a todo el mundo. Cuando yo iba los sábados a París, coincidíamos unas 30 o 40 personas. Muchos eran de París, claro está, pero también había quienes procedían del campo. Pronto se vio que había que aprovechar los veranos para vernos. Ya en 1931, Légaut alquiló una casona en Chadefaud, cerca del Issoire, y en 1932, alquiló otra al lado, a medio km. Allí pasábamos las vacaciones, en un clima de meditación y de recogimiento. Légaut era muy exigente en esto. Esto es lo que colgó en Chadefaud (agosto-septiembre 1931) acerca del espíritu del retiro: *“Es difícil recogerse cuando de ordinario se lleva una vida muy dispersa. Sin embargo, al recogerse, es cuando el alma hace mayores progresos. Al alma, le cuesta aceptar este silencio que deja a un lado las preocupaciones habituales. Pero quien sabe perseverar en esta soledad interior*

pese a su resistencia instintiva, conoce la sana compunción del corazón y el amor de Jesucristo”. Es el estilo de la época, no el estilo del Légaut del final. Esta exigencia de recogimiento, esta exigencia de silencio, la hemos mantenido también en la comunidad de Mirmande. Dos tiempos de silencio, media hora por la mañana y media hora por la noche, son algo primordial, esencial en nuestra existencia.

Hubo un proyecto de Légaut que, en 1939, tuvo un inicio. Comprar una casa grande y construir a su alrededor otras individuales, de modo que cada familia tuviera su unidad, su intimidad, para así formar una comunidad. Desgraciadamente, la guerra, que lo destruyó todo, también trastornó todo esto, evidentemente. Entonces Légaut se encontró ante lo que yo llamo el momento crucial de su vida. Se ha escrito mucho sobre este momento. Légaut se casó y él, que no era campesino, se retiró a les Granges, una vieja aldea abandonada, a 1000 metros de altitud, cuyas tierras no se habían cultivado desde hacía muchos años. Légaut tenía razones profundas para pensar en un cambio de vida así.

En los últimos años, se había convertido, lo decía él mismo, en un investigador estéril. Un profesor de universidad no es sólo un docente; es antes un investigador. Légaut era profesor en la facultad de Rennes y anteriormente lo había sido en Nancy. Sin embargo, con todas sus actividades a través de toda Francia, ya no tenía tiempo para consagrarse a la investigación. *“Me he convertido en un investigador estéril, en cierta manera ya no soy digno de ser profesor de universidad”*.

Una segunda razón, igualmente insuficiente para justificar su decisión, es que la guerra le hizo consciente de ciertas realidades. Para comprenderlas habría que conocer la especie de desintegración de la nación, tal como era hasta 1939, que se dio entonces. Acostumbrado a reunirse con grupos de meditación, de oración, de recogimiento, fue un shock para él descubrir el vacío espiritual del mundo y la desintegración de nuestro país. En las comidas de oficiales, se pasa bastante de todo esto.

Pero la razón determinante fue que se dio cuenta de que no había distancia entre él y su obra, que era prisionero de ella. Esto es lo que

escribió sobre este tema: *“He amado demasiado, con un amor demasiado exclusivo, a nuestro grupo, además de lo de Chadefaud y de lo de París. Obra de mi vida, se ha convertido en centro de mi vida. Ha crecido hasta llegar a ser el sostén de mi vida. No he sabido despegarme de ella lo suficiente y creí encontrar en ella mi equilibrio espiritual personal. Por eso tenía necesidad de romper con el grupo en cierta manera, no para separarme de él sino para estar en él de nuevo, más tarde, de otra manera, para volver a encontrar nuestros grupos y ser más digno de reencontrarlos”.*

Tratad de comprender a alguien que modifica su situación profesional y su función porque conciencia que estaba dependiendo de su obra hasta ser su prisionero y que, para ser discípulo de Jesús, no hay que ser prisionero de nadie. Acto de libertad extraordinario. No podía menos que destacarlo ante vosotros.

PREGUNTAS

— *Se ha dicho muchas veces y se vuelve a encontrar en Zundel: ser uno mismo, llegar a ser uno mismo.*

Hay que señalar que, para Légaut, según sus propios términos, "ser uno mismo" equivale a la "fe en sí mismo". Así lo dice Légaut: *“Es el descubrimiento de que en cada uno hay un absoluto, una realidad trascendente que no viene del exterior, que está en nosotros, que es nuestro sin ser de nosotros. Una realidad, una toma de conciencia de una realidad en cada uno que es del orden de lo absoluto, del orden trascendental, de modo que, si renunciamos a responder a la llamada de dicho absoluto, renunciamos a nosotros mismos, nos negamos a nosotros mismos”.* Légaut diría: *“Llamo fe en sí mismo, al ser uno mismo, a llegar a ser, al hecho de corresponder a esta realidad interior que no es sin nosotros”.*

A mi modo de ver, es la afirmación de un absoluto. Cada uno nombrará este absoluto según su ser y su confesión. Puede ser Dios, el hálito de Dios en nosotros, poco importan los nombres. Esta toma de conciencia nos permite esta afirmación de un absoluto en nosotros,

que es de nosotros, que no es sin nosotros, pero que no sólo es de nosotros sino que es más allá de nosotros. Esto es lo que constituye para Légaut lo que llamaba la "fe en sí mismo" o el "llegar a ser". Ha habido muchos equívocos y ambigüedades sobre esto.

– *Es como una necesidad.*

Parte de una necesidad, pero no exterior sino interior. Es la exigencia fundamental, que lleva el sello del absoluto. Y sé que, si no soy fiel a esta exigencia primordial que va más allá de todo (de todo reglamento, de toda prescripción exterior, por ejemplo); si no respondo a ella, si no soy fiel a lo que surge así en mí sin ser enteramente mío, me niego a mí mismo. Me niego en lo que es esencial en mí, en mi misión, que tengo que descubrir progresivamente cuando descarto responder (a mi ritmo y según mis fracasos y mis debilidades) a esta exigencia primordial. Cada uno tiene su propia llamada a descubrir este absoluto que hay dentro de él.

Pero hay un segundo punto, un segundo aspecto a tener en cuenta en esto de la "fe en sí mismo": "la carencia de ser"; es decir, la toma de conciencia de la carencia de ser, del hecho de que nunca podré alcanzar enteramente, ni captar tampoco del todo, este absoluto. Sólo me puedo aproximar, un poco como cuando uno se aproxima al horizonte, que se aleja cada vez más según uno se va acercando a él. Así, "fe en sí mismo" y "carencia de ser" se corresponden. Son dos tomas de conciencia de algo en mí que me sobrepasa pero que estoy llamado a responder. Lo busco pero sólo lo encuentro en la medida en que respondo a ello.

– *Usted dijo antes que el testigo es aquél que hace surgir en el otro el encuentro consigo mismo, aquello que lo convierte en un buscador.*

El testigo no es, desde luego, el que le dice al otro: "ésta es tu verdad". El testigo es un alertador (*éveilleur*) en el sentido fuerte de la palabra. Me gusta el término de "despertador" porque el testigo es el que llama al otro a ser él mismo y a descubrir lo que lleva dentro, el sello del absoluto.

– *De todos modos, esto implica una exigencia.*

El absoluto puede llamarse exigencia; es la exigencia primordial, primera. La exigencia primordial, la que lleva el sello del absoluto, no soporta el plural. Las exigencias que se derivan de ella son consecuencias suyas únicamente. Pero en mí hay un impulso primero. Llamadlo: llamada, visita interior, luz interior que se enciende en mí. Pero sé que, si yo no soy esta luz y no sigo el camino que ella me indica, entonces, renuncio a mí mismo y reniego de mí. En la vida, a menudo, hay situaciones en las que se podría hacer algo que de suyo es legítimo y legal, y que, por tanto, no equivaldría a una desobediencia de alguna ley, moral o de otro tipo, pero que, sin embargo, sé que, si lo hiciera, renegaría de mí y de lo que hay en lo más profundo de mí. Se trata de algo ineludible si se quiere ser auténtico, si se quiere seguir el camino de la autenticidad.

Así que, evidentemente, no hay una determinación que esté pre-establecida. Este absoluto, esta exigencia primordial no tiene contenido. Es sólo una inspiración de base. Cada uno debe encontrar el contenido que le corresponde a él. Para los que son creyentes como yo, esta inspiración de base me viene del hálito de Dios, de la presencia divina que habita en nosotros. Se puede describir según la confesión de cada uno. Pero creo que todo hombre, cuando llega a ser un poco consciente, cuando pasa del nivel de la vida al de la existencia, descubre el contenido propio suyo del absoluto según sus potencialidades y según la exigencia primordial en él. Para Légaut, Jesús fue el despertador de sus discípulos. Su ser despertó en ellos algo que no fue del orden de lo pasajero y contingente sino del orden de lo primordial, de lo esencial que permanece y que, en cierto modo, forma parte de la eternidad; algo que no puede comunicarse ni tampoco enseñarse.

– *¿Qué pide esto en el testigo? Cada uno es un testigo para el otro.*

Pero sin querer serlo. El día en que uno quisiera ser testigo, la fastidiaría porque entonces ya estaría en falso. Uno es testigo por lo que él es y no por lo que quiere ser por medio de una voluntad externa a su ser.

— *Cada uno debe ser para el otro un despertador.*

Lo es casi sin darse cuenta. Se necesita “ser”. El verdadero testigo desea hacerse a un lado y desaparecer cuanto antes, como Jesús que, llegada su hora, comprendió que lo suyo era partir, hacerse a un lado. La vida espiritual y la comunicación espiritual es en profundidad.

— *Todo hombre está llamado a esta vida en profundidad; no está llamado, en cambio, a ser un intelectual. Se puede ser muy pobre en el plano material e intelectual y tener una vida intensa en Cristo.*

Pero no sólo "en Cristo" sino incluso "sin" Cristo, porque aquí tocamos el plano de la humanidad profunda de cada uno y esto no atañe a la cultura que tengo, a la intelectualidad que puedo mostrar, ni a las funciones que ejerzo en mi vida sino que es cuestión de un ahondamiento interior y personal que acaba por tocar lo esencial. Cuando se toca lo esencial, uno se intuye elevado a otro nivel, el nivel de la existencia.

— *Pasar de la vida a la existencia pide interiorizar, poco a poco, lo que se nos da, acogerlo y hacerlo propio.*

Es decir, partimos del primer nivel. Hay que pasar, del acontecimiento que se produce, del plano del acontecimiento que se me presenta, que me adviene, al plano de la integración de este acontecimiento que me atañe, hasta llegar al nivel de la apropiación personal. Hay un gran paso entre lo que sucede, que es impersonal y exterior, y lo que me atañe a mí personalmente al tomar conciencia de ello y al asimilarlo interiormente. Lo que me atañe me trabaja tanto por dentro que me lo apropio y lo convierto en mi propia substancia. Está lo que acontece, y dentro de lo que acontece, está lo que me atañe a mí y me concierne; es experiencia de una vida interior que me apropio hasta convertirla en mi substancia. Esto lo expresa mucho mejor el alemán, que tiene una palabra para cada nivel de experiencia. Fijaos que los tres primeros términos aceptan el plural. Hay acontecimientos que se presentan, acontecimientos que me atañen a mí y experiencias que vivo. Cuando se trata de la apropiación personal, sólo se da el singular,

propio de cada uno. Este punto es extremadamente clarificador. No tenemos que vivir los acontecimientos desde fuera sino desde dentro, tenemos que saber captar lo que nos concierne, saber vivirlo desde nuestro interior para así recrearlo en nuestra propia substancia.

– *Esto puede ser positivo o negativo.*

Exacto, y como ejemplo, aquello de Légaut que les leí sobre el fracaso del grupo monástico. Légaut supo interiorizar aquel fracaso y eso fue lo que le condujo a una transfiguración. Al nivel de la apropiación, hay una especie de transfiguración.

– *¿Podríamos decir que es una experiencia que se va adquiriendo poco a poco; como de vez en cuando? Vemos en Légaut que es una experiencia que se reemprende sin cesar.*

Exacto, es el tercer nivel. Se pasa del segundo al tercero. Se integra todo. En términos de Zundel, hay un asumir inicial, luego, hay un movimiento de asunción interior, hasta que en la asunción se llega a la integración y a una especie de transfiguración.

– *Ser fiel a su fe y a sí mismo.*

Para mí, las dos cosas van juntas. Son las dos caras de un mismo movimiento.

– *A veces hay muchas contradicciones. Me ha parecido entender que usted decía que se puede llegar a un desarrollo, a un ir más allá de sí sin Cristo.*

Puede usted no comprender bien esto ahora porque estamos entre cristianos, gente que acepta una orientación de base en su vida: la fidelidad a Jesús, ser discípulos de Cristo. Pero si nos situamos en civilizaciones y culturas diferentes... Piense en Oriente, por ejemplo. Nunca conocerán a Cristo. Pero no puedo negar que puedan, por su camino, llegar a esta profundidad espiritual de la que hablamos. Por eso digo "incluso sin Jesús". Nosotros vivimos de una luz que se nos ha dado. Por eso tenemos que acceder una y otra vez a la inteligencia interior de quién fue Jesús y de quiénes fueron los suyos. Pero eso no implica negar la posibilidad de acceso a este nivel espiritual a aquellos que no

pertenece a nuestro universo. Y mucho menos decir que Dios lo ha dispuesto así. No estaría bien por parte de Dios. Cuando usted dice “Cristo” en su pregunta, usted debe de haber pensado en el “Espíritu”. El Espíritu de Dios operó en Jesús, lo habitó, fue la “ruah” de los judíos, también fue al aliento de Dios que habita en nosotros o, en lenguaje actual, la presencia de Dios.

Hablar de la presencia de una realidad que me sobrepasa, de la presencia de una exigencia en mí que está más allá de mí, es hablar de la misma realidad. No son los nombres lo que importa. Todos los términos, de todas las épocas y de los más distintos lugares, cuando adquieren la suficiente profundidad (algo siempre posible para quien conciencia su humanidad profunda) están “conectados” con el Espíritu. Pero uno no está conectado con el Espíritu porque uno crea en él o así lo haya decidido. Estamos conectados al Espíritu simplemente porque ocurre.

Conviene diferenciar lo que pertenece al plano del desarrollo y al de la emergencia. Está el desarrollo de nuestras potencialidades, de nuestras capacidades. Pero, dentro de este desarrollo, hay momentos en que se da la emergencia de algo nuevo, de una novedad imprevisible, un fruto. El desarrollo es del orden de la consecuencia conocida. La emergencia es del orden del fruto imprevisible, improbable, una luz inesperada en la noche. Esto es muy importante. En nuestras vidas hay realidades que son del orden de la emergencia, que no podemos provocar, que no están a nuestra disposición, que no podemos identificar, que incluso no podemos traducir ni comunicar. Uno balbucea cuando trata de hacerlo. Pertenecen a la experiencia espiritual singular.

– *¿Por qué experimentamos iluminaciones fugaces sin poder adueñarnos de ellas?*

Es del orden de lo inalcanzable, de lo que no se puede poseer ni fabricar ni prever. Cuando el faro ilumina la noche, se entrevé el camino por espacio de un relámpago. La fidelidad consiste en perseguir lo que se ha podido entrever en un momento así.

– *Entonces, ¿cómo comprender lo del evangelio: "– Hombre, ¡grande es tu fe!"?*

Responde a una situación propia de lo que Légaut llamaba la fe en sí mismo, y que tiene que ver con la grandeza del hombre que está en nosotros pero que es de más allá de nosotros. Para Légaut, todo hombre es grande no por lo que hace, puede, sabe o dice, sino por lo que habita en él. Muchos otros espirituales se expresan de forma parecida. Es algo que no puede ser sin mí pero que no es sólo mío. Por eso llega a su tiempo. Vigilad, estad despiertos pues no sabéis ni el día ni la hora.